



**FRAN CIARO**

# LA TORRE DE CRISTAL

CROSS  
BOOKS

FRAN CIARO

**LA TORRE  
DE CRISTAL**

CROSS  
BOOKS

*Para Nohemi,  
quien me ha regalado su sonrisa, su amor y dos  
preciosos hijos*

CROSSBOOKS, 2020  
infoinfantilyjuvenil@planeta.es  
www.planetadelibrosjuvenil.com  
www.planetadelibros.com  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto, Fran Ciaro, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
Primera edición: septiembre de 2020  
ISBN: 978-84-08-23095-3  
Depósito legal: B. 12.005-2020  
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# 1

## Eric

Mi madre era creyente y murió de un disparo; mi padre era ateo y murió de un disparo. Dicen que en época de dificultades los niños mueren primero, pero no si tienes unos padres como los míos. Me escondieron cuando llegaron los asaltantes y murieron porque no tenían nada que ofrecerles, porque todo lo que poseían acabó conmigo en el escondite: la mascarilla, la guitarra, comida para una semana y una navaja suiza. Me lo dieron todo y me enseñaron a ser, cómo lo diría..., buena persona. Mi padre, que no creía en Dios ni en la Biblia, me decía: «En caso de duda, ayuda al necesitado». Mi madre, que creía en las enseñanzas de Cristo, decía: «Sí, pero no seas tonto».

Yo, por mi parte, solo creo en la música.

Me llamo Eric y me acerco a la Puerta de Alcalá con la guitarra en su funda, a la espalda, apretando el paso a medida que el resto de la gente de esa zona de los Suburbios acude también a la llamada de las sirenas militares. Es el racionamiento. Los camiones se sitúan cada vez en un sitio distinto, a una hora distinta, para evitar que las bandas callejeras organicen las filas. Algunas personas no necesitan apretotonarse para recibir alimentos más o menos saludables, por-

que tienen servicios que ofrecer a cambio de esa comida, habilidades, o porque pretenden robar a otros; yo no robo, y solo sé componer y cantar, así que no tengo ninguna habilidad útil para comerciar en este mundo de miseria.

Pero soy rápido.

Los zapatazos de la gente, cada vez más cuantiosa en los alrededores de la Puerta de Alcalá, levantan el polvo y la hojarasca, pero no es eso lo que hace que cojamos las mascarillas: el VIM, videomarcador meteorológico, marca veintiséis grados y una humedad relativa del sesenta por ciento. Se trata de uno de los cientos de enormes paneles digitales que hay colocados de modo bien visible por los Suburbios, y su borde exterior brilla en un rojo algo camuflado por la suciedad, alertando a la población de que el virus está a gusto en estas condiciones de humedad y temperatura.

Me detengo un instante para rociar mis guantes de goma con gel hidroalcohólico de fabricación casera, y solo después me coloco mi vieja mascarilla sanitaria, a la que en breve tendré que cambiar los filtros. Todos lo hacemos, incluso aquellos que han recibido la vacuna para la última cepa, porque el único modo de saber que una vacuna ha quedado desactualizada es que aparezca otro brote.

Estiro el cuello para divisar los caminos que se forman entre las personas, aquellos que te permiten avanzar más rápido. Hoy hay solo dos camiones, y los han colocado demasiado cerca; eso provocará aglomeración. Corro en medio de dos filas que pronto se convertirán en una sola, y, en cuanto veo un hueco entre dos personas, me agacho y paso rozando ropas viejas; me insultan. Aprovecho la bolsa de aire que deja la gente alrededor de un banco de piedra, salto el banco, adelanto a un grupo de trabajadores que parecen fuertes y desde luego me miran mal. Uno intenta agarrarme por la guitarra, pero, ya lo he dicho, soy rápido.

En alguna parte alguien se ha caído y ha debido de hacerse mucho daño, porque grita de dolor y miedo; es difícil sobrevivir en los Suburbios con un tobillo roto.

Aprieto los dientes y me detengo cuando ya no puedo avanzar más. Estoy a diez metros de los camiones. Hay quien llama a los soldados «hormigas», por sus armaduras redondeadas y negras, y esos cascos enterizos con estilizados filtros de aire que recuerdan a una mandíbula de insecto cerrada. Uno de esos soldados pasa bolsas desde dentro de su camión a otro que está fuera y que las reparte, mientras una pareja armada con fusiles de asalto los escoltan. Con suerte, pillaré una bolsa precintada de pienso y una botella de agua limpia de dos litros.

Miro hacia arriba, procurando controlar los retortijones de hambre de mi estómago. El impresionante frontal de la Puerta de Alcalá sigue ajeno a nuestras desgracias, aunque sus arcos estén llenos de gente hambrienta. El maestro Carlos dice que la construyó un tal Sabatini. Algunos niños pronuncian *Zapatini*. A pesar de los empujones y la tensión, eso me hace sonreír.

Y también a pesar de que aquella persona que se ha hecho daño —ya tengo claro que se trata de una mujer— sigue gritando de dolor. Quizá la empujó alguien que, como yo, apuró mucho la carrera para adelantarse al resto.

En cualquier caso, mis padres lo dieron todo para que yo viviera, y no hay mejor recuerdo que ese para esforzarse cada día; nunca me faltó un trozo de pan, una mascarilla y una canción. Si me lo preguntáis, de esas tres cosas, comida, protección y música, creo que es la música lo que me mantiene con vida.

Es 5 de septiembre de 2039. Me llamo Eric y hoy cumplo diecinueve años.

He conseguido el agua, una bolsa de pienso y otra de fruta seca; esto es un triunfo. No todos los días van a ser penosos; algunos son, simplemente, tristes. Ahora debo volver a la Fábrica, donde tengo un rincón al que puedo llamar hogar, donde la gente no es demasiado mala y existe un relativo respeto por las posesiones del prójimo. En la Fábrica no somos tan poderosos como una banda callejera, claro, pero si tienen que elegir entre tocarnos las narices a nosotros veinte o a un pobre diablo que vaya solo por la calle, tienden a la ley del mínimo esfuerzo.

Un pobre diablo solo por la calle, como yo en estos momentos, no nos olvidemos. Vivimos como las ratas que corren de un escondrijo a otro y rapiñan lo que pueden por el camino. Pocos sitios se respetan más allá de las luces de la Torre donde viven los ricos, los militares y los científicos. Uno de esos pocos sitios es la escuela del maestro Carlos, que enseña lo mínimo a los niños del barrio a cambio de provisiones. Corro por las calles de Nueva Madrid y no me avergüenza admitir que aprovecho el parapeto de coches abandonados por falta de combustible, despiezados, arbustos enormes por el descuido y ennegrecidos por las constantes desinfecciones, obstáculos visuales, en definitiva. Tampoco me avergüenza admitir que atravesaré la escuela para sentirme más seguro durante unas decenas de metros.

Tanta podredumbre alrededor hace que mis dedos se muevan, nerviosos, por el ansia de tocar alguna canción y crear una especie de burbuja de belleza. Qué ganas de quitarme los guantes.

Un grupo de madres y padres espera en la puerta de la escuela; la puerta es un tablón de contrachapado atacado por el óxido, con una pintada de un verde esperanza muy llamativo que dice: AQUÍ HAY SOLO NIÑOS Y CONOCIMIENTO.

Saludo a los padres y madres, que toleran mi presencia



porque de vez en cuando animo a los niños con alguna canción infantil, y saben que mi única pretensión es tener un breve respiro de camino a la Fábrica. De todos modos, como también están al tanto de la advertencia de los VIM, dejo que me higienicen el guardapolvos y los guantes, los exteriores de la máscara y las botas, con sus propios viejos difusores. Ahora huelo a jabón casero y lejía, pero les doy las gracias.

Hay una pequeña entrada con dos bancadas grandes llenas de zapatos viejos y mil veces remendados. Luego se llega a un salón amplio con sillas de distintos tamaños y colores. Un par de aparatos mantienen la humedad interior por debajo del cincuenta por ciento para que el virus de la tosdelirio, si está rondando entre nosotros, se muera por la sequedad del ambiente. El renqueante aire acondicionado cercano el techo, sin embargo, dudo que consiga tener el aula a menos de los famosos veinticinco grados, por debajo de los cuales el TD también se muere. Los niños son inmunes, pero pueden contagiar el virus a sus familias, a cualquier adulto. Ellos han nacido en una disciplina total y es muy difícil verlos quejarse cuando deben ponerse guantes o mascarilla.

El maestro Carlos intenta imponer silencio, pero los treinta diablillos que forman su clase discuten acaloradamente, ignorando la tabla de multiplicar que hay en la pizarra. Me quedo un momento de pie, brazos en jarras. Carlos me suplica ayuda con la mirada. Tengo hambre, quiero llegar con mi cargamento a la Fábrica y beber un poco de agua fresca y comer algunos trozos de fruta desecada, pero, bueno, ya sabéis..., mis padres intentaron enseñarme a ser buena persona.

Saco la guitarra y me quito los guantes para rasgar las cuerdas; los niños se van callando y me miran. Algunos aplauden y otros se levantan y mueven sus barriguitas, encantados



ante la posibilidad de bailar o, al menos, escuchar una canción.

Mi mejor público es este, un público al que jamás podré pasar la gorra para cobrar por mis canciones.

—Bueno, bueno, bueno... —digo con voz exageradamente adulta—. ¿Qué está pasando aquí?

—No les gustan las matemáticas —responde el maestro Carlos.

Como siempre, tiene ojeras profundas y los hombros cargados por la falta de salud, pero, también como siempre, su mirada está llena de vitalidad.

—¡Pues si no sabéis contar, todo el mundo podrá engañaros! —me escandalizo mientras paso entre ellos y toco algunas notas que dan un tono fúnebre a mis palabras—. ¿Por qué no atendéis al maestro?

Después de la pregunta, una lluvia de manos levantadas y gritos me golpean los tímpanos mientras llego hasta Carlos. Este frunce el ceño y da una palmada en la mesa. Los niños, ahí sí, se callan de inmediato.

Señala a uno de ellos, el único que en ese momento tiene permiso para hablar.

—¡Angelita estaba diciendo mentiras! —explica el niño—. Estaba diciendo que los melones son mentira.

—¿Que los melones son mentira? —me extraño. Miro al maestro, que se encoge de hombros y suspira, por lo que entiendo que aquella discusión tiene más profundidad de lo que parece.

—Y los aviones. Y Valencia. Dice que todas esas cosas son mentira.

Carlos me pone una mano sobre el hombro y me explica en voz baja, mientras los niños vuelven a alborotarse en la discusión:

—No todos los padres son capaces de hablar de cómo era

el mundo antes del Cambio. Parece que algunos han decidido negar que ocurrió, como si quisieran que sus hijos no desearan cosas que nunca conocieron y que nunca van a volver.

Entiendo a esos padres, ¡vaya si los entiendo! Mi padre me contaba que antes del Cambio los músicos tocaban frente a miles de personas que pagaban dinero para entrar en sus conciertos. Y que la música sonaba a todas horas, en películas, en anuncios, en todo tipo de fiestas. Saber eso no me hace más feliz, la verdad.

Y los problemas del maestro Carlos no son mis problemas. «No seas tonto», me decía mi madre.

—Yo que usted les contaba algo, así por encima —murmuro—, a cambio de que luego escuchen la lección de matemáticas.

Le doy una palmada en la barriga para darle ánimos, y me alejo rasgando la guitarra para que los niños presten algo de atención. Carlos levanta las manos y veo en su mirada la determinación de quien no tiene miedo a la verdad, esa que solo poseen los sabios.

—Los melones existieron, y los aviones y Valencia —dice.

Los niños escuchan, como no podía ser de otra manera. Doy pasos hacia atrás para no desviar la atención.

—Pero el ser humano —continúa Carlos— iba llenando gotita a gotita un vaso que se llamaba cambio climático, y un día una de esas gotitas hizo rebosar el vaso, y muchas cosas malas sucedieron a la vez.

Salgo del aula mientras los niños preguntan qué es eso de las gotitas, qué desastres; algunos se adelantan dando su versión de los hechos, más o menos fantástica.

—En primer lugar —oigo que dice el maestro—, éramos miles de millones de seres humanos y calentamos demasiado la atmósfera. ¿Nunca habéis estado en una habitación llena de gente y alguien, de pronto, ha encendido un hornillo?

«Suerte, cuando explique a estos chavales lo que eran los casquetes polares», pienso.

¡Qué demonios! Suerte, cuando les explique qué es el hielo.

Mientras salgo del edificio, recuerdo cuando mi madre me lo explicó todo, sin adornos, casi sin mostrar sentimiento. Todo acerca de las industrias que producían gases, de la descompensación de los gases internos de la Tierra, que provocaban terremotos donde nunca antes los había habido. Acerca de los bosques que habían sido talados y ya no limpiaban el aire contaminado, de tornados como nunca antes se habían visto y tsunamis que arrasaban ciudades costeras, y, por si fuera poco, no se retiraban tras la destrucción porque el hielo de los polos se había troceado y, por tanto, derretido a una velocidad inesperada, algo que provocó la subida del nivel del mar. Todo ello se desató como la explosión de una olla a presión el mismo año, el año del Cambio.

Yo tenía nueve años cuando ocurrió aquello, pero estaba más preparado que mis padres para la desgracia porque había crecido en un mundo ya atemorizado y diezmado por el virus de la tos delirio o, más comúnmente conocido, TD. Los niños de mi generación habíamos aprendido desde la cuna a esquivar las condiciones de humedad y temperatura que propician su transmisión, y a reconocer sus síntomas y consecuencias. El TD provoca una tos seca e incapacitante, producto de la neumonía, que al final te mata, pero en uno de cada diez casos también se cuela en el sistema nervioso y ordena subidas bruscas de la adrenalina, alucinaciones y explosiones de agresividad. Hace que la gente se mate entre ella o a sí misma; pero, bueno, nunca hemos necesitado un virus para adquirir ese superpoder, ¿verdad?

El caso es que el desastre climatológico posiblemente nos salvó del virus que estaba acabando con la humanidad. Vi-

víamos prácticamente encerrados porque había muerto una tercera parte de la población, el gobierno ya no podía proteger a nadie y la pandemia parecía incontenible. Entonces llegó el Cambio y el agua invadió la tierra. Los continentes habían dejado paso a un sistema de islas de distintos tamaños. Los transportes se derrumbaron, los viajes se acabaron, el confinamiento necesario para mantener a raya la propagación del TD nos fue impuesto en todo el ámbito planetario por el aumento del nivel del mar y el desmoronamiento ya absoluto de la civilización.

De la civilización como la conocieron mis padres, claro, porque el año del Cambio comenzó una nueva: los que tenían armas se parapetaron en las ciudades del interior para proteger sus reservas de suministros y, sobre todo, los laboratorios capaces de analizar las nuevas cepas de TD y sintetizar vacunas. Estos que tenían poder, armas, alimentos y medicinas fueron un segundo cortafuegos para el virus, tan eficiente como el aumento del nivel del mar. Mataron a muchos supervivientes para sobrevivir y usaron al resto prácticamente como esclavos a cambio de migajas de comida, mascarillas usadas y la promesa de vacunas una vez que hubiesen sido vacunados ellos, y así se construyeron mejores e inexpugnables fortalezas.

Fortalezas como la Torre.

Esclavos como mis padres.

Y el resto, como yo, como estos niños, vivimos en los tristes y peligrosos Suburbios.

¿Pensáis que he llegado a las inmediaciones de la Fábrica con todos mis suministros recién adquiridos? Ni de coña. No os preocupéis, no me han atracado, ya os he dicho que soy rápido, pero sí han atracado a un tipo que comía escondido junto

a sus hijos. Le han dejado la cara hecha un fiasco y los pobres niños se han quedado sin comida. Les he dado solo la mitad del pienso, porque, sinceramente, hoy es mi cumpleaños y me merezco la fruta deshidratada.

¿Creéis que el tipo me ha dado las gracias? Eso es algo que os tengo que contar de los Suburbios; todos piensan que los favores se pagan caro y tienen miedo de endeudarse, porque las deudas se cobran en los momentos de mayor necesidad. Yo mismo tengo mala memoria para los favores que hago, pero no para los que me hacen.

No, el tipo no me ha dado las gracias. Me ha mirado mal, ha cogido el pienso, lo ha guardado en una bolsa sucia de tela y ha ordenado a sus pequeños que lo siguieran mientras todavía le goteaba sangre de la nariz. Espero que sea más amable con sus hijos; al fin y al cabo, lo he hecho por ellos, no por él. Al menos el último VIM que he visto marcaba un descenso de cinco grados y el borde brillante era verde, así que parece improbable que aquel hombre se haya infectado cuando le cambiaron la máscara de sitio a golpes.

Luego ha aparecido un autobús militar del programa de vacunaciones forzosas y he tenido que salir corriendo. Veréis, es importante distinguir dos tipos de vacunaciones: las rutinarias y las forzosas. Las vacunaciones rutinarias se hacen en campamentos provisionales en el exterior, de manera ordenada, e incluyen las normales contra el sarampión, la rubeola y ese tipo de enfermedades, y la vacuna que haya contra la última cepa del TD. Como el bicho muta cada pocos años, creo que vamos por el TD9.

Las vacunaciones forzosas, sin embargo, son una pesadilla que sospechamos que usan para analizarnos y prevenir brotes. Como se realizan dentro de la Torre, incluyen duchas a presión entre otras torturas, y la gente de los Suburbios huye de ellas como del hambre.

Yo consigo escaparme, como siempre, y llego a la Fábrica. Tenemos algo que vale su peso en verduras: una puerta que funciona. Tenemos llaves para esa sólida puerta exterior y unos muros que aguantan bien, y que hemos reforzado con cristales rotos pegados con cemento. Como he dicho, a las bandas callejeras no les sale a cuenta asaltarnos.

Y sí, por si lo sospechabas, te lo confirmo: la mayoría de las veces que cruzo estos muros pienso que mis padres seguirían con vida de haber encontrado un refugio parecido. Pasemos a otro tema, ¿de acuerdo? El cansancio. Estoy exhausto después de patearme Nueva Madrid desde la Puerta de Alcalá hasta este barrio que muchos llaman *Fecei*, feo-como-el-infierno. Su descripción podría ser: chimeneas de fábrica rotas y negras, calles levantadas, muchos más coches desguazados que en ninguna otra parte, ratas como gatos y gatos salvajes como el viento, hollín y asfixia. Sin embargo, cumple su función principal: nos protege y, teniendo en cuenta la poca gente que vive en su interior, es lo bastante grande para que nuestros cuerpos y nuestro vaho no aumenten la temperatura ni la humedad. Allí dentro podemos estar sin mascarillas.

Subo la escalera metálica de emergencia por el exterior del edificio, ya que dan a una ventana que está al lado de mi catre. Vuelvo a higienizar mis guantes, la máscara y la suela de las botas antes de entrar. Ha anochecido. Hay algunas luces de sebo o aceite iluminando la planta baja, sábanas y ropa tendida en cierto orden y, al mismo tiempo, delimitando espacios de intimidad. Alguien cuece alguna cosa en agua para conseguir algo que huele de modo remotamente parecido a la sopa. Un grupo juega a los dados; generalmente apuestan bolitas de pienso. La vida avanza como puede.

Y yo necesito comer y descansar, pero antes de eso me urge tocar.

Me siento en el colchón, me saco las botas, cojo la guitarra. Me pongo a toser. Es una tos provocada por los viejos filtros de mi máscara, que ya me intoxican más que protegerme. Toso lo suficiente como para necesitar un trago de la preciosa agua que he conseguido hoy. Con los ojos llenos de lágrimas, tanteo para coger la botella, pero alguien me la pasa.

Doy un trago y, algo más repuesto, compruebo que quien está frente a mí, en la intimidad de mi rincón a cinco metros del suelo, es Ricardo. Sonríe, como casi siempre. Lleva mejores ropas que yo y que nadie en la Fábrica, llamativas y duraderas, y luce un bigotillo pretencioso que le salió hace dos años, cuando ambos comenzamos a tener edad de afeitarnos.

—¡Feliz cumpleaños! —me dice.

—Muchas gracias —respondo con la garganta todavía irritada. Me sangra un poco la nariz—. Muchas gracias. ¿Has comido hoy?

No sé ni por qué le pregunto.

—Claro. Ya sabes que tengo gente que me cuida.

—Yo creo que tú los cuidas a ellos.

Ricardo sonríe un poco más y se sienta sobre mi mesa, mi única mesa, un tablón con dos caballetes que cruje bajo su peso; no es que Ricardo esté gordo, ni siquiera fuerte, pero el tablón es, por decirlo con delicadeza, una pieza poco fiable.

Y Ricardo, en términos generales, es un tipo despreocupado.

—La gente tiene necesidades sin cubrir, incluso en la Torre. En los Suburbios se cocina droga. En la Torre no se puede. Ahí estoy yo, en medio, proveyendo como un campeón. ¿A ti te preocupa que alguno de esos ricachones se deje la salud con lo que vendo?

—A mí no me preocupa esa gente. Me preocupas tú.

Ricardo me clava la mirada. Aunque no deja de sonreír, me muestra esa determinación de quienes no consienten ata-



duras, ni siquiera de sus mejores amigos; es un tipo de sabiduría distinta a la del maestro Carlos, desde luego, y a mí no me queda otra que respetarla.

—Te he traído un regalo. Hoy han sido generosos.

De su vieja mochila fabricada con material reciclado de todos los colores, saca dos bombonas neumopreventivas. Aspirar el gas que tienen dentro limpia tu aparato respiratorio de cualquier bicho que te haya podido entrar y que esté buscando el momento de comenzar a infectarte. Esas moléculas higienizantes se quedan en tu laringe, bronquios y pulmones un par de semanas, no solo protegiendo, sino que al parecer espabilan al sistema inmunitario, aunque tu alimentación no sea muy buena, de modo que, a la hora de la verdad, durante medio mes más o menos es como si fueses inmune.

—¡Hostia! ¿Para mí?

—Una para ti y otra para mí. Pero solo si me tocas una canción chula.

Asiento, satisfecho, y me pregunto si esa generosidad inesperada tiene que ver con mi buena acción de antes, la de darle a los niños la mitad de mi pienso, ya sabéis. Eso me hace pensar algo muy peligroso en este mundo: que los buenos actos tienen recompensa.

Respiramos el cóctel gaseoso, cada uno de su botella, agazapados en un rincón discreto para evitar que nos vean, porque si compartiésemos nuestro gas con la veintena de desgraciados que habitan la Fábrica con nosotros, ninguno quedaría ni limpio ni protegido. La garganta se me va relajando y parece como si el oxígeno llegase mejor a mis músculos y mi cabeza, aunque durante unos segundos siento un calor que me hace sudar. Esto me dará margen para conseguir nuevos filtros para mi mascarilla. El alivio y la euforia provocada momentáneamente por el cóctel, pero sobre todo por los años de cuidarnos mutuamente las espaldas, hacen

que en este momento sienta un gran amor por mi amigo Ricardo.

Ambos nos enseñamos las lenguas al acabar. Al fondo, quedan tintadas de azul. Puedes saber que se te está pasando el efecto de inmunidad cuando se va borrando ese tinte. Pegamos nuestras frentes y nos cogemos la nuca.

—Gracias.

—Venga, pelmazo, una canción.

Me da un toquecito en el cogote, nos separamos y agarro la guitarra para tocar y cantar una canción. Fabrico la pequeña burbuja de belleza que concede de vez en cuando la música, alejo las penurias ciento cincuenta metros, mis dedos se convierten en alas y mi voz, en un río.

Es una canción de amor, aunque no conozco el amor. Quizá por eso mismo está llena de esperanza y satisfacción. Es una canción incompleta y, tal vez por eso, amable.

Es la canción de Eric y la de alguien que aún no vive en la vida de Eric.

La canción de alguien que escribe poemas de amor porque cree que debe hacerlo, por inercia; pero es una buena obra.

Cuando acabo, compruebo que Ricardo, absorto, mira por la ventana en dirección a la Torre. Por primera vez ha dejado de sonreír. No ha disfrutado de la canción y eso me pone triste por él.

—¿Qué te pasa, hermano?

Ricardo resopla antes de responder:

—Puede que sea la última botella en algún tiempo.

Eso es raro. Y preocupante.

—¿Ha ocurrido algo?

Se pasa nerviosamente las manos por la cara. Cuando vuelve a ponerlas sobre las rodillas, allí está de nuevo la sonrisa de Ricardo, con la que enfrenta cada día, cada peligro. Entonces me dice:

—Tengo un contacto en la Torre, uno de mis clientes, que trabaja como vigilante. Me ha dicho que no aparezca por allí durante un tiempo. No ha pasado nada, Eric, pero pasará.